

ECO DE ORIENTE

Trisemanario - Sale los martes, jueves y domingos

Número suelto \$ 0,02
Atrasado 0,03
Serie de 10 Nros. . . . 0,20
Suscripción anual . . . 1,50
id por trimestre . . . 0,50

Director, Ls. M. M. DIERES MONPLAISIR

Administrador, Raúl Velásquez R.

Administración:

Imprenta San José

Dirección Telegráfica:

• ECORIENTE

AÑO IV |

Villavicencio, Octubre 5 de 1919—Número 360

| SERIE 9

UN INCENDIO EN LA MISIÓN DEL VAUPÉS

LA CATASTROFE.—EL SANTO PATRONO.—VANOS ESFUERZOS.—EL SANTÍSIMO.—NUESTRO AMO, ¿DONDE ESTA?—ANGUSTIAS.—EL HALLAZGO DE LA SANTÍSIMA RESERVA.—UNA NOCHE EN DIVINA COMPANIA.—¿QUE HAS HECHO?—EL CRISTO.—MISAS CAMPALES.—DOLOROSA SEPARACION.—VOTOS ARDIENTES.—RESOLUCIONES PRACTICAS.—SUPlicas Y LLAMAMIENTO.

Misión Indígena de la Compañía de María.—Vaupés.—Montfort Papuri, Junio 2 de 1919.

Ilustrísimo y Reverendísimo señor Arzobispo, amantísimo y respetadísimo protector nuestro.

Bogotá,

Después de presentaros el saludo de nuestra querida misión, y como intérprete de los sentimientos de sus misioneros, fieles y catecúmenos, vengo a narraros la última y terrible desgracia con que Dios se dignó probar nuestra fe en sus designios, afirmar nuestra esperanza en su Providencia y aquilatar la pureza de nuestro amor.

Aquello fué para nosotros una cruz, una cruz montfortiana, una de aquellas que María, Nuestra Madre y Reina reserva a sus hijos predilectos para que fijen en Ella sus ojos.

Permitid, Ilustrísimo señor, que como pequeñuelos os lo contemos todo, procurándonos así el alivio que tiene el hijo al desahogar su corazón en el seno paternal.

Era un sábado, diez y siete de mayo pasado; a eso de las 4 de la tarde oyéronse clamores lúgubres: "Fuego! Fuego! arde la capilla!" Brinco como movido por un resorte: espanto!, veo las llamas que principian a lanzarse por las palmas del techo. Sin perder tiempo corro al altar de cuyo tabernáculo retiro el Sagrado Copón que recibe el R. P. Huberto Limpens entonces único compañero que tuviera a mi lado, por hallar-

se recorriendo las reducciones el R. P. Pedro Kok.

Cumplido este sagrado deber, procuro salvar la hermosa y venerada imagen de nuestro Padre, Protector y Patrono: el Beato Luis María de Montfort. Ya tenía el santo abrazado, cuando alcanzado por las llamas y vencido por el peso me fué preciso dejar caer mi preciosa carga que al llegar al suelo dió contra un estantillo y se hizo pedazos.

Vanos fueron mis intentos así como habían sido vanos los del R. P. Limpens para cortar al fuego toda comunicación con el techo contiguo de la casa.

Intil! Después de la iglesia, el incendio venía cebándose en la casa primero, luego en las dependencias y por último en la escuela de niñas.

En dos horas, todo lo había consumido. A las 6 p. m., de la fundación de Montfort Papuri de la cual nos hallábamos tan ufanos no quedaba más que paredes ennegrecidas y escombros.

Tal fué el fin triste de la capilla tan elegante y piadosa, orgullo de sus sacerdotes; tal fué el de nuestra casa tan cómoda y de nuestra escuela recién construida. Así fué como en un momento se deshizo en humo el trabajo de seis años. No nos quedaba más recurso que el de apelar a las palabras de la Sagrada Escritura, fiel intérprete de todo sentimiento verdaderamente cristiano y decir con el santo varón Job: «Dios lo había dado, Dios nos lo ha retirado; bendita sea para siem-

pre la mano pródiga de Dios. Hagase su santísima voluntad.»

Pero..... qué triste y lamentable era el espectáculo que ofrecían aquellas ruinas humeantes! Dios Nuestro Señor, El mismo, parecía afligido y como apenado por tanta desgracia, puesto que escondido nos costó trabajo dar con la Santa Reserva!

El P. Limpens en efecto, no bien recibiera de mis manos el Vaso Sagrado, fué a colocarlo devotamente sobre una mesa en un lugar que por de pronto parecía seguro, y se dió a la tarea que narramos hace poco. Como el incendio no daba tregua y progresaba visiblemente, los niños, con muy loable fin, trastearon cuanto encontraron en las celdas de los padres inclusive al Dios de amor desterrado de su Templo.

Ocupado en los miles afanes que bien deja suponer una catástrofe como la que se cernía sobre nuestra misión, no volvimos a pensar en el Divino Huésped hasta no concluirse la obra de destrucción.

Consumada ésta y calmada la nerviosidad propia de tan espantoso trance, nos acordamos del Amo Divino.—El Santísimo ¿donde está?—¿Qué se hizo con Nuestro Señor? Preguntas todas que de el corazón enloquecido salían a la boca atropelladas y quedaban como heladas sobre nuestros labios paralizados por el miedo de que otra desgracia quizá más grave hubiese sucedido.

Nadie contestaba, nadie sabía. Carreras y preguntas, indagatorias y pesquisas, todo era vano!

000187